

¿Cómo era tu Ciudad?

La Ciudad de México y sus habitantes hemos sido descritos y calificados desde diferentes ópticas e intenciones. Hemos recibido epítetos que pareciera fueron dados a conocer al compás de un péndulo y, por lo mismo, oscilan del agradecimiento al reclamo, del reconocimiento al desconocimiento, del apoyo a la venganza. Es decir, de ambos se ha expresado todo y variado. A ella la han llamado megalópolis, metrópoli, cosmopolita, urbe, moderna, multicultural, multireligiosa, insegura, desparramada, contaminada, centralista. A nosotros, oriundos o por adopción, nos han dicho soberbios, prepotentes, cínicos, taimados, educados, altivos, activos, fanfarrones, desinhibidos, autoritarios, inconformes, inteligentes, hospitalarios, habilidosos e inmorales. Estos adjetivos, y otros muchos que se les adjudican, tienen un alto contenido de veracidad. Quienes los acuñaron contaban, desde su perspectiva, con los elementos objetivos y/o subjetivos suficientes y sólidos para hacerlo. Pero también tienen una gran probabilidad de ser injustos, parciales e incompletos, lo que da la oportunidad de rebatirlos y ponerlos en duda. Lo que sí es cierto es que la Ciudad de México está diferenciada por aspectos arquitectónicos, económicos, sociales, políticos, urbanos, culturales, religiosos. No es lo mismo el norte que el sur, el oriente que el poniente, el centro que los cuatro puntos cardinales; ni cuentan entre sí con las mismas condiciones de oferta de calidad de vida. Esta diversidad necesariamente conlleva a que sus residentes también mostremos una marcada diferenciación entre nosotros. Ignacio Trejo Fuentes pregunta:

“¿Quién podría suponer que la colonia Bondojito es igual a San Jerónimo?, ¿que la Guerrero se parece a Coyoacán?, ¿la Narvarte a Polanco?, ¿Tepito a la Roma?, ¿el Centro a Villacoapa?” ⁽¹⁾.

Más allá del aspecto estructural con las marcadas diferencias en pavimentación, edificación, vialidades, electrificación, suministro de agua, servicios escolares y de salud, a manera de respuesta, el autor escribe:

“Los habitantes de cada rumbo tienen su propia idiosincrasia, su personal visión del mundo, sus costumbres distintas: no hablan igual unos que otros, ni trabajan ni bailan ni aman de la misma manera. Si uno va de un rumbo a otro intempestivamente, de un sector de la urbe a uno más lejano, cambia de piel sin remedio, se siente como en un país extraño” ⁽²⁾.

Nacer y/o vivir en determinada calle, colonia, barrio, zona residencial, pueblo o demarcación territorial de la Ciudad de México, crea en cada ser humano un sentimiento de pertenencia e identificación que comparte con sus iguales y que, a la vez, lo hace diferente de los que nacieron y/o viven en otros rumbos. Esta diferenciación se agudiza cuando además, y principalmente, la determinan aspectos religiosos, culturales o raciales. Si el mismo Ignacio Trejo Fuentes manifestó que la Ciudad de México era un conglomerado de ciudades, se puede considerar entonces que también su población es un conglomerado de religiones, culturas y razas. Conglomerado cuyos integrantes compartimos espacio, territorio, servicios, mercado, tecnología, comunicaciones, pero que ello no nos ha orillado a perder de manera significativa identidades, costumbres, tradiciones, ritos. Conglomerado que permite que algunas de sus partes, inclusive, vivan su propio momento histórico, ello siempre y cuando no violenten el momento histórico que de manera oficial vive el conjunto.

Clara muestra es el calendario particular por el que se rigen en su interior, por ejemplo, las comunidades judía y china con celebraciones y fechas específicas. Existen interpretaciones y voces que manifiestan que la Ciudad de México es, también, un conglomerado de individuos, de personas en lo individual. Gerardo Kleinburg escribe:

“Eso era su ciudad: una masa desproporcionada y amorfa tapizada de veinte millones de puntos mínimos que sólo son capaces de crear un sistema consciente por razones deportivas, de inseguridad o de desgracia colectiva” ⁽³⁾.

El autor se refiere a la Ciudad de México, a los veinte millones de seres humanos que habitamos y/o pululamos en ella de manera cotidiana, y a lo que, según su particular punto de vista, a todos nos une. Gerardo Kleinburg novela de manera puntual los mundos tan diferentes en que viven los judíos y los gentiles o católicos en esta Ciudad de México; describe las ‘ciudades’ de México tan particulares que habitan cada uno. Dice:

“Un mundo judío y un mundo gentil separados apenas por la Avenida Cuauhtémoc y por el Paseo de los Insurgentes” ⁽⁴⁾.

Y abunda:

“Era exactamente del otro lado de la ciudad: en La Herradura: una colonia en la que jamás había estado ni pensado estar: la nueva e impersonal zona judía de la Ciudad de México: auténtico gueto suburbano edificado con cientos de casas modernas y grandes calles desiertas por las que circulan continuamente coches de lujo, amurallado por el siempre infranqueable Periférico. Tan lejos en el espacio y en el tiempo de su hoy inexistente casa de la Colonia del Valle. O de la Condesa: ese viejo y tradicional barrio de su adolescencia, en parte judío, donde la gente todavía caminaba y camina” ⁽⁵⁾.

Mundos y espacios de la ciudad que confluyen, coinciden, pero no se mezclan, o, a lo más, se mezclan lo mínimo. Mundos y espacios de la ciudad que reafirman las identidades hacia su interior y las diferencias hacia el exterior. O al menos lo tratan de hacer, inclusive con prohibiciones. El mismo autor narra la vida de un oriundo de la Ciudad de México, nacido en la década de los sesenta del siglo pasado, hijo de padre judío y madre gentil o católica, que creció como hijo de madre soltera porque su padre no lo reconoció ni lo quiso conocer, ya que había jurado a su propia madre no casarse ni tener hijos con alguna mujer no judía. Esta historia que puede ser común en todas las comunidades –judíos, musulmanes, budistas, católicos-, es sintomática en doble sentido: en la búsqueda de conservar las costumbres y las tradiciones de cada comunidad; así como en el anhelo y la búsqueda por recibir las costumbres y tradiciones que por herencia o genética podría tenerse derecho, y a las que además se desea tener acceso. Costumbres y tradiciones que abarcan todos los aspectos de la vida humana, y que en muchos casos coinciden en forma o en fondo en varias comunidades. Una de ellas, por ejemplo, es el rito que sobre la muerte tienen las comunidades. Históricamente han sido dos las formas predominantes en que nos deshacemos del cuerpo inerte de un ser humano muerto: inhumación y cremación. En ello existe coincidencia, la diferencia radica en ¿cómo se hace cualquiera de las dos?, ¿para qué se hace?, ¿quién la hace?, ¿bajo qué criterios?, ¿con qué expectativas?, ¿quién asiste?, ¿qué lleva?, ¿qué pasa con el duelo y el luto?, ¿qué sentido tienen?, ¿qué importancia reviste el cuerpo mismo?, ¿hacia dónde va cuando no tiene vida?, ¿existe algo más que el cuerpo?, ¿existe el alma?, ¿cómo cubrir el cuerpo para que resista?, ¿cómo iluminar su tránsito al más allá?, ¿existe el más

allá?, ¿quién lo domina?, ¿existe vida más allá de la vida?, ¿vida en la muerte?, ¿inmortalidad?, ¿reencarnación? En la respuesta que cada comunidad tiene para las anteriores incógnitas, y para otras más, radica la diferencia. Diferencia que significa identidad, privacidad, tradición, pasado, presente y futuro de las comunidades. Diferencia que uniforma y, al mismo tiempo, particulariza. Particularidades que se manifiestan de manera cotidiana en la Ciudad de México y que a quienes las poseen los vuelven únicos, aunque esta característica de ser únicos la compartan con cientos, miles o, incluso, millones de seres humanos. Particularidades que, además, muchas de ellas han nacido o se han definido y consolidado sin que la ubicación geográfica haya jugado un papel preponderante o decisivo.

Tan sólo un ejemplo de esto podría ser el hecho de que los católicos de la Ciudad de México utilizan prendas de vestir de color negro como símbolo de luto, de manifestación de dolor por la muerte de un ser querido, más por sus propias costumbres de católicos que por su residencia. Y este ejemplo bien puede ser extensivo para las particularidades que al respecto realizan los judíos, musulmanes y budistas habitantes de la Ciudad de México. Es decir, es un hecho cultural más que geográfico. En este sentido hay que recordar a Cristina Puga, Jacqueline Peschard y Teresa Castro, quienes siguiendo a Taylor y a Malinowski, dicen que la cultura “es el conjunto de actividades y productos tanto materiales como espirituales que distinguen a una sociedad de otra” ⁽⁶⁾; y que al mismo tiempo alude “a las formas de nacer y de morir, de casarse y de comer; a los temores, los tabúes y los mitos; a las formas de interacción social, de conciencia, pero también a los padrones de producción y de organización social y política, además de las ideas religiosas y morales, las leyes, las tradiciones y las costumbres” ⁽⁷⁾.

Bajo la premisa anterior de que la cultura lo es todo, o, de otra manera, que todo es cultura, se puede considerar entonces que los ritos sobre la muerte que las comunidades asentadas en la Ciudad de México realizan, están determinados en primera instancia por el carácter religioso de la misma comunidad, más que por otros aspectos, entre los que se pueden incluir, incluso, el momento histórico y/o la ubicación geográfica.

Los ritos religiosos sobre la muerte son, entonces, una manifestación cultural propia de las comunidades que los practican. Manifestación cultural que como todo hecho humano evoluciona y se enriquece, se actualiza aunque sea de manera lenta y parcial. La necesaria convivencia con otras comunidades, el indispensable aprovechamiento de la capacidad que el ser humano tiene para adaptarse a sus propios cambios y al desarrollo técnico, propician influencias, modificaciones y adecuaciones a los ritos. Los musulmanes, por ejemplo, por costumbre realizan los entierros lo más pronto posible, pero si viven en un país en donde exista el deber de esperar determinadas horas o días para hacerlo, contemplan la obligación de acoplarse a la ley que rige en su lugar de residencia, y no por ello se considera que incumplen los dictados de su religión. Asimismo, los judíos se permiten en ocasiones poner flores o fotografías del difunto en las tumbas, aspectos prohibidos por su tradición en términos generales. Es decir, las ordenanzas canónicas funerarias de cada comunidad religiosa tienden a ser respetadas por sus miembros en sus máximas posibilidades; y son similares a las de otras comunidades de igual religión ubicadas en el país o en el mundo entero. En el caso concreto de la Ciudad de México, estas ordenanzas convertidas en ritos sobre la muerte son similares en las comunidades religiosas específicas sin importar su lugar de residencia. Es posible afirmar entonces que los judíos practican el mismo rito independientemente que vivan en la Colonia Roma, en la Condesa, en Polanco o en Las

Lomas de Chapultepec. Ello sucede también con los musulmanes, los budistas y los católicos. Aunque no está de más recalcar que este carácter similar no impide que dentro de una misma comunidad haya variación sobre todo en cuanto a ciertos matices. El ejemplo más famoso podría ser la diferencia que existe entre el ritual católico hacia la muerte que se lleva a cabo en las zonas con presencia campesina e indígena (Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta), con el ritual también católico que se realiza en las demarcaciones estrictamente urbanas, citadinas. Pero más allá de la diferenciación que tengan entre sí las comunidades religiosas asentadas en la Ciudad de México en cuanto a sus rituales mortuorios, hay algo que las une. Ignacio Trejo Fuentes escribe:

“Todos llevamos metidos en el alma algo que nos hermana o, al menos, unifica: el amor por la urbe, o el odio: nunca la indiferencia” ⁽⁸⁾.

Así, los habitantes de la Ciudad de México estamos cercanos en el juego dialéctico de los sentimientos de amor y odio hacia ella; pero estamos separados, distantes, en cuanto a sus manifestaciones culturales de carácter general y en lo que se refiere a los ritos sobre la muerte que en lo particular practican al interior de sus propias comunidades religiosas. Estamos distantes, es cierto, pero siempre respetuosos y tolerantes. Eso nos caracteriza.

Javier Cadena Cárdenas

Coordinador de Acción Cívica y Cultural del PRI - DF

Notas

- (1) Trejo Fuentes, Ignacio.- “La fiesta y la muerte enmascarada. El Distrito Federal de noche”.- Editorial Colibrí.- Primera edición, 1999, página 9.
- (2) Idem, páginas 9 – 10.
- (3) Kleinburg, Gerardo.- “No honrarás a tu padre”.- Editorial Sudamericana.- Primera edición, 2004, página 135.
- (4) Idem, página 21.
- (5) Idem, página 133.
- (6) Puga, Cristina; Peschard, Jacqueline; y Castro, Teresa.- “Hacia la sociología”.- Pearson Educación de México.- Tercera edición, 1999, página 56.
- (7) Idem, página 57.
- (8) Trejo Fuente, Ignacio.- Op. Cit., página 10.